



NARRATIVA

## El diálogo entre la pintura y la literatura

**El mallorquín José Luis de Juan cultiva un tipo de novela con fuerte carga intelectual. En su nueva obra recrea la relación entre un escritor y un artista**

**JUAN ÁNGEL JURISTO**

No es frecuente que en nuestra literatura creativa se ofrezcan obras de clara y estudiada raigambre intelectual y lo cierto es que los pocos autores que la han frecuentado se han topado con esa doble condición de ser objeto de culto por parte de unos contados *happy few* y, por otro, la indiferencia casi absoluta de parte de la mayoría.

Por poner ejemplos tomados a bote pronto, cabría destacar la obra, en poesía, de un Juan Larrea, que por más señas escribió parte de su obra en francés, y que salió del limbo de los justos del exilio gracias al interés de Pere Gimferrer y Carlos Barral, que publicó su *Versión celeste*, y de compañeros suyos de generación como Gerardo Diego o Luis Felipe Vivanco o, en el caso de la narrativa, de un Julián Ríos, adscrito a la fascinación de Joyce, que en el Reino Unido y Francia ha tenido más repercusión que en España. Y Miguel Espinosa, casi una rara avis porque, además, vivía en Murcia, que se supone es lugar alejado de la *melée* literaria de Madrid y Barcelona, y que si no es por lectores como Tierno Galván que llamó la atención sobre su figura, lo cierto es que el autor de *Asklepios*, *Tribada* o *Escuela de Mandarines* ni siquiera hubiera logrado esa condición de raro, que es estado previo al olvido.

*La imagen cautiva*, novela de José Luis de Juan (Palma de Mallorca, 1956), amén de fascinante, goza de esta condición apuntada desde que publicase *El apicultor de Bonaparte*, a la que siguieron, entre otras, *Este latente mundo*, *Kaleidoscopio* y *La llama danzante*.

Su estilo, sugerente, de una belleza que podría recordarme a Miguel Villalonga, es propio de la condición de memorialista de alto cuño. La novela, escrita en primera persona, sumerge al lector en un ritmo sosegado que envuelve a quien quiera dejarse llevar por

la especial música del texto, que no decae en momento alguno, al modo del bajo continuo: "Yo había tenido durante unos años mi estudio de escultura en un semisótano delante de la iglesia de los jesuitas, que se encuentra a un tiro de honda de la casa de la que estoy hablando. Allí había tallado varias piezas grandes de madera y una vez me había herido la mano afilando el hacha y teniendo que pedir socorro para cortar la hemorragia al panadero que estaba frente a la casa en cuestión y en cuyo horno se decía que había estado la sinagoga nueva de la judería".

Este modo de narrar, donde el runrún del estilo vale lo mismo para describir lo cotidiano como para discernir sobre arte: "Me recuerda a Rouault, dijo mi tío al ver lo que yo estaba pintando en la casa de mis abuelos, dijo Ralf, sentado bajo la pequeña claraboya que proyectaba una luz difusa sobre el bloc abierto...".

Se trata, en definitiva, del diálogo entre un escritor y un pintor, amigos desde la infancia en la isla de la que son oriundos, en una buhardilla repleta de libros y cuadros. En un momento determinado, el escritor-narrador le enseña a Ralf, el pintor, un óleo que éste le regaló, una pintura de tema arcádico

**/ Sumerge al lector en un ritmo sosegado que envuelve a quien quiera dejarse llevar por la especial música del texto**

que trata de una siesta en un bosque. Desde ese refugio en Corea, el escritor comienza entonces a desplegar recuerdos, sobre los varios Ralf de que está compuesta la personalidad de Ralf hasta las varias vidas que vive un húngaro que conoció...

Un caleidoscopio de vivencias rutilantes que intentan desentrañar la relación entre imagen y palabra en un diálogo que va para largo sobre pintura y literatura. En un momento determinado se dice que es mejor a veces no saber todo lo que los artistas muestran o escriben. Así sucede en esta narración vibrante y plena. /